

La Fragua de los Tiempos

Enero 18 de 2009 # 801

Augusto Urteaga Castro Pozo. Tres testimonios

Escribir la biografía de Augusto Urteaga en unas cuantas páginas sería una tarea imposible, quizá en el futuro alguien intentará un trabajo completo y nos permitirá conocerlo en todas sus facetas y verdadera dimensión.

Con los dos números anteriores y con este, solo nos hemos propuesto expresar nuestra admiración y respeto por el investigador, por el antropólogo, por el militante de izquierda, que dejó un legado importantísimo para el mejor conocimiento del pueblo rarámuri, de las injusticias que se cometen en su contra y algunas vías legales para impedir las.

También nos hemos propuesto recuperar y conservar algunas referencias sobre sus antecedentes en Perú, en México, las actividades que desarrolló en Chihuahua, primero como periodista de la revista *Punto Crítico* y luego como fundador de la ENAH en Chihuahua, todo esto con el único fin de que la sociedad conozca aunque sea una parte de sus méritos. Esperamos haber cumplido con ese propósito

Ahora presentamos tres testimonios: el de Adolfo Sánchez Rebolledo, que fue el responsable de *Punto Crítico*, una de las revistas de análisis y de orientación más importante en México, durante la década de los años setenta; el testimonio de Víctor Orozco dirigente universitario y profesor de la Preparatoria de Chihuahua en aquellos años; y el de Emiliano Urteaga Urías hijo de Augusto y Margarita Urías.

En la revista *Punto Crítico*

Adolfo Sánchez R.

Me conmovió mucho la muerte de Augusto. Fuimos buenos amigos y compañeros en los primeros años setenta. Él se incorporó a la revista *Punto Crítico* haciéndose cargo de varios reportajes como los que hizo en Chihuahua en 1972 y 1973 sobre las movilizaciones populares y el surgimiento del CDP. Aquellos artículos se publicaban sin firma, pero él fue el autor por ejemplo, el informe especial de la revista *Punto Crítico* número 8 de 1972 apareció firmado por el Grupo de Trabajo: Antropología y Política, ENAH, en su confección participaron otros compañero como Agustín Ávila y Homero pero Augusto fue el redactor principal y responsable.

En esa época, 1972, Augusto participaba activamente en todas las tareas de la revista: escribía, debatía en el seno de la *Comisión Campesina y Popular*. Se relacionaba con grupos y líderes populares, agrarios y sindicales en la mejor tradición post 68. Era un verdadero periodista del pueblo, pero también un militante ilustrado alejado de la visión panfletaria tan extendida en nuestro medio. Leía mucho y buscaba nuevas alternativas

En aquellos años nos interesaba acercarnos al pensamiento y la acción de los grupos de izquierda que en las distintas regiones del país alzaban una voz independiente. Como periódico regional, *El Martillo* fue nuestro referente en Chihuahua, a donde llegamos cubriendo la represión y el asesinato de varios jóvenes que habían participado en la guerrilla con Diego Lucero. Visitamos en la cárcel a Marco Rascón, a Pizarro y dimos a conocer sus opiniones y el peligro en

que se encontraban. Augusto estuvo en Chihuahua a la hora del Tribunal Popular y gracias a ese contacto se fortalecieron los vínculos con el grupo de *los Nachos* que daban la batalla en la Universidad y en otros frentes.

He dicho que Augusto tenía madera de escritor y le gustaba esa labor periodística. Tenía sensibilidad para observar y una formación que le permitía reflexionar sobre los hechos, sin dogmatismos. Aun recuerdo una ya muy lejana conversación acerca de las "demandas de consumo" que se comenzaban a generalizar entre los movimientos populares, con el consiguiente riesgo de que se convirtieran en parte de un nuevo clientelismo. Junto con Rosa Elena Montes de Oca y Agustín Ávila sostuvieron por varios años el trabajo de la comisión que se encargaba de las relaciones con el mundo rural y urbano, asumiendo la necesidad colectiva de analizar qué estaba pasando para pensar en el futuro.

Aunque ese trabajo no tenía entonces pretensiones partidistas u organizacionales inmediatas era una forma de militancia y estaba plenamente comprometido con el pueblo, por eso puedo asegurar que a compañeros como Augusto le ayudó a madurar, a enriquecer su propia perspectiva intelectual y esa madurez la proyectó en todos nosotros.

Sus vínculos con Chihuahua fueron profundos y resultaron decisivos en su vida. Después de esas experiencias se dedicó a investigar y a participar en los conflictos derivados de las relaciones laborales y las investigaciones y acciones en este mundo del trabajo y el universo indígena son, a mi modo de ver, inseparables de su vocación socialista, de sus lecturas gramscianas, de ese afán por descubrir horizontes nuevos al pensamiento y la acción de la izquierda. Augusto fue un latinoamericano cabal, sin falsos chovinismos. Se incorporó a México sin aspavientos, yendo a los orígenes para fundirse en ellos.

Por desgracia perdí el contacto directo con él, me lo encontré años después y conversamos mucho sobre México y sus opciones. Cuando decidió irse a Chihuahua me hizo llegar un ambicioso proyecto académico que, por lo visto, se cumplió con creces. He leído algunos textos suyos sobre el mundo tarahumara siempre ricos, sugerentes y comprometidos. Me gustaría publicar algo en *El correo del Sur*, suplemento dominical de *La Jornada de Morelos*. Si me lo autorizas tomaría algo de lo que se publicó en *La Fragua*. Ojalá y se le recuerde con el cariño que se desprende de su generosidad, por favor, dale un abrazo muy fuerte a Emiliano y a todos los camaradas que quisieron a Augusto.

En el movimiento popular de Chihuahua

Víctor Orozco O.

A partir del 15 de enero de 1972 la ciudad de Chihuahua atrajo la atención de una gran cantidad de analistas políticos y de activistas de izquierda. La razón es que aquí se desarrolló un amplio movimiento de masas que involucró a diversos sectores de la población como obreros industriales, ferrocarrileros, estudiantes, maestros campesinos, colonos urbanos, arrendatarios de viviendas. También se experimentaban nuevas formas de organización en el movimiento de masas. Una de ellas, la principal, fue el *Comité de Defensa Popular*, que agrupó a todos los sectores en lucha y se constituyó en un frente social para llevar adelante las reivindicaciones de cada uno de los grupos.

Una de las organizaciones que muy pronto llegó a Chihuahua fue la que habían formado ex dirigentes, intelectuales y militantes del movimiento estudiantil de 1968, que comenzaron a editar la revista *Punto Crítico*. Esta publicación jugó un

rol de primera línea en la difusión y análisis de las luchas populares. Los miembros de la revista no eran, desde luego, periodistas profesionales, sino activistas e ideólogos de izquierda que rápidamente se colocaron en la vanguardia política de México por aquella época.

Entre los primeros enviados de esta revista a Chihuahua estuvo Augusto Urteaga, quien se dedicó a observar meticulosamente todas las movilizaciones y a aprender el alma de las mismas. Por entonces, se había comenzado a editar también en Chihuahua el periódico *El Martillo*, que jugó el papel de informador y analizador de estas luchas. Urteaga conoció también los primeros esfuerzos de este periódico, en el que colaboraban entre muchos otros Manuel Valles Muela, Rogelio Luna, Rubén Aguilar, José Manuel Muñoz, Jaime García Chávez, Irma Campos y Víctor Orozco. Entre ambas publicaciones se desarrollaron estrechas relaciones y a Chihuahua acudieron otros miembros de *Punto Crítico* como su director Adolfo Sánchez Rebolledo, Arnaldo Córdova, Rolando Cordera, Roberto Castañeda, Roberto Escudero.

Los primeros números de *Punto Crítico* contienen varios de los mejores análisis que se hicieron por entonces de las luchas de masas en Chihuahua. También muchas de las mejores fotografías de las manifestaciones y huelgas o tomas de terrenos urbanos. Varios de estos escritos fueron redactados por Urteaga, quien tomó también algunas de las fotos.

Otro de los grupos de activistas de la política y cultura que también llegó junto con los miembros de *Punto Crítico*, fue el grupo *Bertolt Bretch* del que formaban parte entre otros Armando Laso y Paco Ignacio Taibo, después conocido como Taibo II.

Con el tiempo, las luchas populares en Chihuahua declinaron, algunas direcciones sindicales o populares fueron cooptadas y domesticadas por el gobierno, pero los vínculos se mantuvieron hasta el presente. Urteaga regresó unos quince años después, ahora como académico con el proyecto de fundar la Escuela de Antropología e Historia y buscó a sus viejos amigos. También yo había regresado a Chihuahua después de una década de ausencia y de nuevo entré en contacto con Augusto. Vehemente e infatigable, nos comentó a Jesús Vargas y a mí la necesidad de la escuela y sus posibilidades tanto en la capital del estado como en Ciudad Juárez. Quizá nunca pensó este peruano de origen que sus primeras miradas a Chihuahua por 1972, lo llevarían después a la Tarahumara y que se iban a convertir en un enamoramiento que lo llevaría a vivir y a morir en estas tierras.

Pendiente siempre de los resultados de su escuela, siempre que lo encontraba me comentaba sobre los nuevos egresados y los trabajos que se hacían. En alguna ocasión me llamó a Ciudad Juárez para agradecerme que hubiera hecho un reconocimiento a los trabajos de Marco Antonio Martínez, joven egresado de la ENAH-Chihuahua que falleció prematuramente y a quien Augusto apreciaba por su dedicación.

Con el hijo

Emiliano Urteaga Urías

Yo lo vi en la sierra trabajando y observé como se relacionaba con la gente, la forma de construir junto con los demás. Dejaba ser y no solo eso, se esmeraba en estimular el hacer del otro sin imponer un criterio, un camino, porque él podía saber más, pero de nada servía decirle el cómo, porque de eso no iba a surgir una

construcción sino una simple repetición. Eso era fundamental en su trato con los demás y lo conservo como una de sus cualidades.

Él me impactó de muchas maneras, tuve una relación más cercana en la adolescencia. En 1983, a los once años me fui a vivir con él. De esos años hay varias cosas que recuerdo y que han sido importantes en mi vida, justo en esa época de la adolescencia, empecé a usar su biblioteca y conocí algunos de sus poetas, entre otros a Mallarmé, Rimbaud, Baudelaire.

Era un devoto por la escritura y eso me influyó mucho. En las cartas me escribía poemas y empecé a intercambiar y a dialogar con construyendo mis propias imágenes y metáforas.

Tenía un proyecto de escritura antropológica muy hermoso, que era como de destilación lenta, buscaba una escritura etnográfica diferente que vinculaba con la literatura, la poesía. Ese proyecto era como algo muy original, era como una búsqueda artística en todo lo que hacía y lo impulsaba mucho en lo personal.

Hicimos muchos viajes juntos y con él aprendí a viajar. Tal vez no era etnografía, pero me enseñó a apreciar las carreteras, a observar el paisaje, a conocer bien y valorar los lugares que visitaba a su lado. Cuando íbamos de viaje, llegábamos a una ciudad o a un pueblo, entonces como que desarmaba ante mí cada una de las partes. Decía: “vamos al centro y hablaba de los hechos importantes relacionados con los sitios y las edificaciones: aquí está esto, y esto...” entonces yo empezaba a percibir el lugar en su dimensión histórica, luego entrábamos a los mercados y me enseñaba lo que era de allí los platillos típicos y también de eso aprendía.. Me enseñó mucho a disfrutar, ver y sentir en cada viaje, como una experiencia necesaria, no sólo del gozo sino de conocimiento.

También compartíamos la música, recuerdo que una de las últimas veces que hablé con él por teléfono, me dijo: “estuve sacando unas cajas viejas, y encontré unos casetes que hacía muchos años no escuchaba ”. Solo de eso hablamos como una hora. Le gustaba el jazz, el rock pero también la música popular. Revisé en su casa cual era el disco que estaba escuchando y era uno de Berín y Lalo. Yo aprendí a escuchar la buena salsa y los boleros cubanos por él.

Otra cosa que puedo hablar es Perú, que por él yo tengo allá un amor, un vínculo muy especial con ese país. Que él vio para que yo estuviera por allá y también me mostró qué era para él.

Tenía una pasión por la vida, por estar con la gente en los momentos de hacer especial lo más cotidiano como preparar un buen platillo, hacer un café rico y disfrutar el aroma, el sabor de cada cosa, en esto también era exigente y se lo heredé. Creo que su vida cotidiana era muy barroca, cada cosa tenía que ser de una manera, y tenía su propio lugar en el uso, en el afecto, en el tiempo y el espacio: estas tienen que ver con Perú, y estas con Chihuahua... su vida cotidiana era un universo su vida cotidiana y estar ahí, a su lado, por mucho tiempo era muy agradable.

La última vez que lo vi fue en septiembre, se quedó con nosotros y hablamos de muchas cosas, de sus proyectos, de lo que estaba escribiendo. Me pasó su escrito que acababa de terminar sobre la carrera de bola. Hablamos un ratote de eso; se había dado cuenta que había caído en los estereotipos, cosa que nada le gustaba, entonces fue a buscar a los diarios de campo de años atrás, a las entrevistas grabadas (por eso encontró los casetes de música) y decidió que podía hacer algo diferente, buscó mas bibliografía y se dedicó a rastrear como un investigador apasionado hasta quedar satisfecho. No alcanzó a publicar ese texto pero lo vamos a hacer nosotros.